

España no hay para la literatura de salón *hablada*, en parte, de diálogo, de palique, el inconveniente que ya madama Staël señalaba á la conversación de los salones alemanes. El *esprit* chispeante, rápido, vibrado inquieto, que interrumpe, que salta como una pelota de una en otra boca, es difícil, casi imposible con un idioma, el sentido de cuyas frases no puede ser declarado por completo hasta terminada la cláusula, pues á veces sucede que hasta su carácter afirmativo ó negativo se descubre al final de la oración. Nosotros no tenemos este inconveniente; en español *castizo* se puede hablar á medias palabras, llenando el diálogo de puntos suspensivos, sobrentendiéndolo casi todo; somos en este punto más *graciosos* (en el sentido rigurosamente estético de la palabra) que los mismos franceses. Se puede asegurar que en el *salón* español no faltaría el chiste, la graciosa ligereza y *nonchalance* del diálogo... Pero generalmente faltaría lo que les sobra á los alemanes y lo que suelen tener en justa medida los franceses: las *primeras materias*. La carencia general de estudios serios, extensos y profundos haría que la conversación (principalmente aquella en que intervinieran nuestras *damas* y nuestros políticos, periodistas ordinarios, etc.) degenerase pronto en verbosidad insustancial, semejante á la de cualquier tertulia animada, más ó menos aristocrática. Un príncipe *Pedro* ó un príncipe *Andrés* como los

de Tolstoï podrían hacer en nuestros salones literarios análogas observaciones á las que les causaban el tedio más profundo en los salones de la *grandeza* rusa.

Y aún no sería ese el mayor mal. Uno de los mayores defectos de nuestras costumbres literarias está en el *compadrazgo*, y en la excesiva confianza y en el trato familiar en que suelen vivir la mayor parte de los escritores. Se escribe la crítica como si se hablara delante del criticado y á instancia suya se le diese un parecer que la cortesía dictase. Un insigne escritor nuestro ha llegado á decir que jamás se debe juzgar á nadie en letras de molde en términos que no nos atreviéramos á exponerle á él cara á cara. Esto, á primera vista, puede parecer franqueza y valentía, pero, mejor mirado, yo creo que tiende á fomentar la hipocresía, la adulación, ó si no, la pedantería en el trato, las malas formas, casi, casi, la grosería social. Opino todo lo contrario de lo que dice el ilustre autor. Creo que en el trato social, particularmente si hay señoras delante, si estamos en una fiesta, en un lugar de recreo, ó si escribimos carta particular ó nos vemos en situaciones y momentos análogos, no debemos reprobar los malos sonetos de Oronte, como lo hacía el Misántropo. El famoso escritor inglés Samuel Jhonson dicen que tenía arranques de esta índole (*anfractuosidades*), asperezas y *franquezas* de esta

clase, que no son para imitadas, aunque pueden perdonarse á un Jhonson, á quien llamaba lord Chesterfield *el respetable Hotentote*. En una ocasión, un joven que no había podido conseguir que yo hablase de un poema suyo en un periódico, se arregló de manera que me obligó á ser su amigo y darle mi *opinión* en una carta. Yo procuré escaparme por la tangente, diciendo: —«Soy incapaz de decirle á nadie cara á cara que es menos poeta que Homero.»

A mi juicio no conviene, en general, para los más serios fines de la crítica, que los literatos sean demasiado amigos, se vean con mucha frecuencia y tengan el trato familiar que lleva á la pandilla, al compadrazgo. Los salones literarios vendrían á fomentar más todavía la ya excesiva benevolencia mutua de los escritores, que en nuestro país, en Madrid particularmente, se conocen y se alaban unos á otros (á lo menos en letras de molde) más de lo conveniente.

El ideal es claro que consistiría en que toda comunión social se extendiera y al mismo tiempo se hiciera más íntima, más *estrecha*, en el sentido de la intensidad del afecto; pero esto es el ideal, y así como es evidente que, á pesar de la humanitaria tendencia á reunir en un solo espíritu á todos los hombres, ello es que muchas veces conviene separarlos, para evitar contagios, podredumbres, fer-

mentos de vicios, así, por lo pronto, en la vida literaria española conviene que los escritores no lleguen á ser todos de la misma tertulia, para que el engaño del público no vaya en aumento. Como convendría que los gitanos que acuden á las ferias no se conocieran ni se estimaran tampoco. Y basta. *Intelligenti pauca.*

En rigor, en esta *revista* no he revisado nada y ya tengo que darla por concluída. No me queda tiempo más que para mencionar algunos libros, que bien merecerían detenido examen. La literatura que llamamos aquí festiva ha producido dos obras de muy amena lectura; una titulada *Salpicón*, de Cavia, un revistero de buen humor y de mucho ingenio, que tiene todas las cualidades de un verdadero literato; el otro libro á que aludo es *La vida cursi*, del fecundísimo Taboada, cuyos chistes inagotables son de la mejor cepa, porque no sólo sirven para revelar el ingenio del escritor, sino que nos dan el placer, cada día más raro, de la verdadera risa que alegra y refresca.

Antonio Valbuena ha publicado otro tomo de su *Fe de erratas*, libro de real importancia, del que no se puede hablar en cuatro palabras si se le ha de hacer la justicia que merece.

Por ser de quien es, hay que mencionar también los *Ultimos escritos* del insigne Alarcón, obra póstuma. No pudiendo, como no puedo, hablar

hoy de este libro con el espacio suficiente para que el eufemismo ocupe todo el hueco que sus circunloquios necesitan, y no consintiendo el respeto más sagrado, el debido al gran talento y á la muerte, que se hable de este libro sin eufemismos, renuncio á todo examen de esos *últimos escritos*, que no son últimos, y me limito á recomendar el volumen como se recomienda una reliquia, y á aconsejar la lectura de los primeros capítulos, en los cuales el autor refiere varios viajes con la fuerza plástica y la gracia que éran características del poeta... en prosa de *La Alpujarra*.

En mi próxima revista acaso pueda hablar ya de obra tan importante como *Dolores*, la esperada y deseada colección de poesías de Federico Balart, de la cual ya puedo hacer cumplido elogio, por conocer, como todos los aficionados á la lírica, gran parte de su contenido.

También, dentro de un mes, se podrá decir ya algo de los nuevos libros de Castelar y de varias novelas de escritores tan notables como A. Palacio Valdés y Emilia Pardo Bazán. — Para otro día dejo asimismo algunas consideraciones acerca de la *obra magna* del Sr. Benot, que se propone publicar una prosodia... en tres tomos de cuatrocientas páginas. ¡Mil doscientas páginas de prosodia!



## REVISTA LITERARIA

Resumen.—*Historia de las ideas estéticas en España*, tomo I, segunda edición refundida y aumentada, por M. Menéndez y Pelayo.—Una noticia.—Asuntos aplazados: *Estudios psicológicos y estudios críticos*, por U. González y Serrano.—*La enseñanza de la Historia*, por Rafael Altamira.—*Ayala*, estudio político, por Conrado Solsona.—La conferencia del Sr. Vidart.—*Novelas*.—*La Fe*, por Armando Palacio Valdés.—Reparos á una objeción.—*Dos historias vulgares*, por J. Castro y Serrano.

MUCHO asunto, por fortuna, y poco espacio, por necesidad, exigen de mí en esta revista que, ya que no puedo valerme de la justamente alabada concisión de Tácito, logre la brevedad indispensable, dedicando á cada una de las materias que anuncio menos renglones de los que merecen todas.

Menéndez y Pelayo, que por juntarse en él cualidades que rara vez reúne un sólo crítico, debe

ser llamado, sin que nadie pueda ofenderse, nuestro primer erudito de literatura, nuestro primer tratadista de historia intelectual, ha publicado la segunda edición, refundida y aumentada, del primer tomo de su obra monumental acerca de la *Historia de las ideas estéticas en España...* y en todo el mundo pudiera añadirse. A Menéndez y Pelayo le ha pasado con esta empresa, verdaderamente titánica, lo que Goethe describe con tanta elocuencia, pero con palabras que yo no puedo recordar ahora exactamente, al pintarnos los cambios que la inspiración artística y el trabajo van imponiendo á la primitiva concepción de una obra literaria. El autor se encuentra con que una vegetación exuberante, inesperada, transforma á sus propios ojos la idea inicial; multitud de relaciones de su asunto con las demás cosas del mundo le salen al paso exigiendo ser expresadas, y multitud de energías del ingenio, de que no había conciencia, piden también espacio, forma. Cuanto más *humana*, más real es una concepción artística, y cuanto más de las entrañas del espíritu sale, más rica es al producirla, esa vegetación inesperada, invasora, que la rodea y en cierto modo desfigura, porque todo vibra al vibrar ella, todo revela la sustancia común, los lazos invisibles de las cosas que la inspiración advierte y que no se muestran á la fría abstracta manera de ver ordinaria, que en-

gendra preocupaciones vulgares y la *prosa* común de la vida pobre, y también sistemas filosóficos *negativos* y teorías políticas y sociales *atomísticas*. Esa tendencia expansiva, que lleva á verlo todo en cada cosa, á mirar siempre desde un punto de vista unitario, armónico, es la que expresa un personaje del mismo poeta que citaba antes, la condesa de Scandiano Leonor de Sanvitale, cuando al hablar de las contemplaciones poéticas de Tasso, dice:

«Sein Ohr vernimmt der Einklang der Natur;  
Was die Geschichte reicht, das Leben giebt,  
Sein Busen nimmt es gleich und willig auf:  
Das weit Zerstreute sammelt sein Gemüth,  
Und sein Gefühl belebt das Unbelebte.»

...Su oído percibe la armonía de la naturaleza; lo que ofrece la historia, lo que la vida nos da, su pecho lo recoge al punto con ardor; *su genio reúne lo que aparece disperso y lejano*, y su sentimiento anima lo inanimado.—En los productos del ingenio que llega á esas alturas, esta relación á *todo lo demás* siempre será una tendencia, que puede pecar de excesiva y que se podrá dominar ó no, según el carácter del poeta y hasta el de su raza; en la música, por ejemplo, veremos lo mismo que en las letras la diferencia que á este respecto señala la calidad del genio teutónico y la del genio llamado latino; veremos la facilidad y claridad y

elegante medida de un Rossini oponerse á la profunda y sugestiva complicación armónica de un Wagner; como en las letras, podremos comparar la sencillez y precisión de los grandes escritores franceses de su siglo de oro, con la grandeza exuberante, á veces descompuesta, de un Shakspeare, con la variedad y aparente incoherencia de un Juan Pablo, con las sacudidas nerviosas y para algunos incomprensibles, ú oscuras por lo menos, de un Carlyle; en el mismo Goethe encontraremos, según las épocas, según los momentos de su inspiración, ya la sencillez hermosa y limitada del espíritu clásico que imita en obras como *Ifigenia*, en su idilio famoso de Hermann y Dorotea, que encanta á nuestro Castelar; ya en Guillermo Meister (que Castelar no admira tanto y que Carlyle comenta sin agotar jamás el comentario) la variedad y profundidad y *trascendencia* omnilateral, propias de los grandes espíritus de esta raza, en las épocas de florecimiento y cultura principalmente, aunque también, en cierto modo, en los albores de sus literaturas, como Taine nos demuestra.

Un libro de historia espiritual, como es este de Menéndez y Pelayo, también es obra de arte y de inspiración cuando es concebido y escrito en las regiones de la alta crítica en que vive nuestro erudito—poeta también á su modo.—Menéndez y Pelayo, que comenzó su gloriosa carrera amando con

la pasión propia de la juventud, *exclusivamente*, el genio clásico, fué poco á poco, con una sinceridad de que hay raros ejemplos, estudiando y penetrando el espíritu del Norte que despreciara al principio, tal vez por preocupación religiosa en parte, tal vez en parte por celos patrióticos. Hoy es acaso el literato español que mejor conoce la gran literatura británica y la gran literatura alemana; su propio talento, su propio carácter, se han dejado influir por los poetas filósofos, historiadores y críticos germánicos, y cada día se va pareciendo menos á otros escritores españoles, claros, serenos, nobles, brillantes, sí; pero intranseguros, *limitados*, *tranchants*, como dicen los franceses; espíritus que, si no fuera la comparación irrespetuosa, podría decirse que llevan anteojeras para no apartarse del camino real que siguen, ni dejarse asustar ni aun influir por el resto del mundo que queda á derecha é izquierda. Menéndez y Pelayo hablando hoy de arte, de filosofía, ofrece las mismas *vaguedades*, como las llaman por acá, los mismos *á peu pres*, los mismos *puede ser*, que tanto irritan en Renan á ciertos críticos (Renan, que es el francés-alemán, como Carlyle es el inglés-alemán, como acaso Menéndez y Pelayo acabe por ser el español alemán), las mismas medias tintas, las mismas afirmaciones provisionales que vemos en tantos escritores, ya germánicos, ya influidos

por ese espíritu, en todos los países de gran cultura intelectual y del sentimiento (1).

A pesar de que Menéndez y Pelayo es hoy un escritor católico, pues mientras él lo diga hay que creer que lo es, porque no es de los que engañan ni de los que juegan con estas cosas; á pesar de que *para el mundo milita* en partido y escuela que se llaman reaccionarios, sería absurdo confundirle con los ilustres corifeos de la escuela tradicionalista aunque sean tan ilustres como Valdegamas. A nuestro crítico no cabe aplicarle ciertas clasificaciones antiguas; es otra cosa, es algo más y mejor que todo eso. Si hemos de insistir en dividirnos en liberales y tradicionalistas, en progresistas y retrógados y conservadores, á Menéndez y Pelayo no le podremos medir ni le podremos clasificar; es de otro mundo, que será el que prevalezca si han de ir á bien los destinos humanos.

Su libro no podía menos de ser influido por estas tendencias del autor. Escribir la historia de las ideas estéticas en España hubiera sido para cualquier erudito vulgar, de esos que tanto abundan en las huestes de la sabiduría oficial y ordinaria, empresa bien concreta y determinada por el nom-

(1) Véase, en comprobación de esta idea, lo que Menéndez y Pelayo dice á propósito del valor actual de la música, en su contestación al discurso de Barbieri en la Academia Española.

bre del asunto; se comenzaría por ver «si era España palabra vascongada», ó por lo menos por investigar, merced á los *estudios célticos*, «qué casta de estética usaban tan remotos pobladores de la Península...» y en adelante, en toda la obra se tendría siempre presente el lema geográfico de que aún hay Pirineos.

Menéndez y Pelayo, bien al revés de lo que suelen hacer muchos escritores franceses, que ven la historia de todo el mundo en la de Francia, vió con más razón la historia de las ideas estéticas de España en la de *todo el mundo*, y al hablar de la antigüedad fué á buscar el germen de nuestra vida intelectual respecto de su asunto, donde estaba, en Grecia y Roma; en la Edad Media buscó antecedentes de la estética cristiana fuera de nuestro suelo, en San Agustín, por ejemplo, y después sabio complemento en Santo Tomás; para hablar de la influencia de árabes y judíos, sin perjuicio de insistir como era natural en el estudio de los judíos y de los árabes españoles, trató en general de los escritores que la sabiduría estética ofrece en uno y otro pueblo semítico, y llegando después á tiempos modernos, creyó indispensable preparar el estudio del pensamiento español en punto á estética, investigando con extensión, originalidad y diligencia suma los elementos extranjeros que han influido y pueden seguir influyendo en nuestras

ideas; y de aquí los volúmenes dedicados á la estética francesa, inglesa, alemana en los varios períodos y escuelas. Se ha dicho que el autor de tan magna obra había salido de su plan; pero él mismo explica la legitimidad de todas sus luminosas excursiones á la estética extranjera, que aparte de ser fundadas en razón, se harían legítimas á fuerza de revelar talento, gusto, prolijo y discretísimo estudio. Bien puede decirse que Menéndez y Pelayo es el primer español moderno que se pone al nivel de los grandes tratadistas extranjeros al examinar una de las grandes manifestaciones del pensamiento humano en toda la historia.

Por lo que toca á esta segunda edición del primer tomo, que ocasiona estas consideraciones, sólo diré que obedece su presencia á los escrúpulos del concienzudo crítico, que habiéndonos pasmado con la erudición que se revelaba en la edición primera, la cual comprendía desde los orígenes hasta fines del siglo XV, se creyó obligado á mejorarla, rectificando, ampliando, añadiendo noticias á noticias, de modo que de lo que era antes un volumen tuvo ahora que hacer dos. Comprende el primero la introducción y el período hispano-romano; el segundo comienza en San Isidoro y llega al fin de la décimoquinta centuria. No es esta ocasión de examinar detenidamente el contenido de obra tan rica en ideas, en fuentes y

erudición de todo género, sólo diré que no ha de entenderse que por ser de muchos volúmenes y de mucha sabiduría, la *Historia* de Menéndez y Pelayo es uno de esos libros de consulta de que sólo pueden sacar partido los especialistas; no, es como la famosa *Historia* de la literatura inglesa de Taine, obra que pueden saborear todos los que tengan afición á las letras y al arte, que interesa como una buena novela, que se entiende sin esfuerzo, pues el autor es clarísimo aun al exponer la más intrincada filosofía, y que equivale su lectura á la de toda una biblioteca de los más importantes monumentos de la filosofía de lo bello y de las artes.

Los pocos críticos españoles que han hablado de este libro aplazan para más adelante el examen de que es digno, y siento yo tener que imitarlos en este momento, por causas ajenas á mi voluntad. Porque, á pesar de que tan grande es la fama del insigne profesor de *Historia crítica de la literatura española*, aunque no hay trabajo crítico que se refiera á literatura española moderna en que no se le cite, lo cierto es que sus obras se examinan poco, no se habla de ellas, en los periódicos y revistas más populares, con el detenimiento que merecen; y es esta una injusticia, pues no se trata de escritos cuyo asunto de tecnicismo oscuro, inaccesible para la mayor parte del público,

los haga patrimonio de la atención de los especialistas; los autores de la clase de Menéndez y Pelayo tienen en Francia, en Inglaterra, en Italia, en Alemania, etc., un público numeroso, y son, sin dejar de ser sabios, populares. Los citados Taine y Renan son buenos ejemplos.

Si Menéndez y Pelayo tuviera tiempo, que no lo tiene, para pensar en este silencio general respecto del análisis de sus libros, se consolaría sin más que recordar los testimonios de admiración que se le tributan en el extranjero, donde se rinde á su mérito el mejor homenaje, el que más puede halagar á hombres de su condición, á saber: el estudio reflexivo de sus obras.

Un ejemplo reciente vemos en el *Anuario crítico de los progresos de la filología en los países latinos*, de que es editor el profesor Dr. Carlos Vallmöller, de Dresde, y director-gerente Richard Otto, de Munich. (*Kritischer Jahresbericht über die Fortschritte der Romanischen Philologie*.) Tratando Vallmöller de los Romanceros y Cancioneros españoles, cita con gran encomio la corta, pero excelente exposición que de la historia de nuestros Romanceros y Cancioneros nos ofrece Menéndez y Pelayo en su introducción á la *Antología de poetas líricos castellanos*, introducción de que hace meses hablé en una revista literaria de *El Imparcial*.

Y ya que cito el *Anuario* alemán que honra á nuestras letras antiguas y modernas, consagrándolas gran parte de sus páginas, aprovecho esta ocasión, la de la gran publicidad de *El Imparcial*, para anunciar, por encargo de los señores Vallmöller, Otto y Scheffler (los cuales me han distinguido, encargándome de los estudios correspondientes á la literatura española contemporánea), que dichos señores recibirán con sumo agrado cuantas noticias relativas á literatura española se les remitan, así como libros, revistas, periódicos, diarios, etc., etc.; todo, en fin, lo que pueda contribuir á la noble y desinteresada idea acometida por ellos de propagar é ilustrar cuanto se pueda la filología y literatura de los pueblos cuyo idioma sea de los que forman en el grupo del nuestro (1). Asimismo, para preparar la Memoria correspondiente al año 1891, yo agradeceré los datos y documentos que se me remitan, á más de aprovechar los que de continuo vengo recibiendo (y agradeciendo) de directores y editores que no han podido hasta ahora tener en cuenta esta nueva utilidad que para mí ofrecen sus obsequios. A juzgar por la lista de colaboradores de la citada publicación, la literatura hispano-americana está muy dignamente representada, pues allí leo el

(1) Los que tomen en cuenta este anuncio pueden dirigirse á el Sr. Rich. Otto, München, Gabelsberggenstrasse, 55, 1.<sup>o</sup>

nombre del ilustre filósofo Sr. Cuervo, cuyo *Diccionario*, no terminado, es todo un monumento literario.

Aquí pensaba yo hablar, porque juzgo que lo merecen, de los siguientes libros: *Estudios psicológicos* y *Estudios críticos*, por el notable filósofo español (el único filósofo español acaso que hoy escribe con cierta asiduidad) D. Urbano González Serrano. *La enseñanza de la historia*, por el muy erudito y perspicaz crítico, y ya puede decirse que sabio, D. Rafael Altamira, uno de los pocos *hombres nuevos* que son legítima esperanza de la vida intelectual española. *Ayala*, por el inteligente, activo y bondadoso periodista D. Conrado Solsona, que sin pretensiones que á otros les sobran, sabe lograr el *gran éxito* de hacerse simpático á sus lectores, aun defendiendo causa tan arriesgada, si bien generosa, como la de sacar la fama política de Ayala, libre y sin costas.

Mis propósitos respecto de estos libros son buenos; pero el espacio me falta hoy, pues necesito emplear el que me queda en obras puramente literarias.

En la próxima revista, Dios mediante, hablaré de tan interesantes obras, más ó menos, refiriéndome, como es natural aquí, á la relación literaria en que cabe examinar los respectivos asuntos que

tratan. Es claro que los *Estudios críticos* del señor Serrano entran en la literatura *directamente*; mas prefiero examinarlos con la unidad que dará la consideración del ingenio de su autor al análisis de sus trabajos críticos y de los psicológicos. ¡Análisis! No será tanto; pero, en fin, lo que yo pueda.

También hubiera querido hablar de la conferencia del Sr. Vidart en el Ateneo acerca de Cristóbal Colón y sus mayores ó menores méritos y defectos. Mas, á falta de espacio, diré en estilo telegráfico que, á mi juicio, ni F. Duro ni Vidart hacen mal en declarar lo que entienden ser verdad, toda vez que hablan con la conciencia de que deben sus afirmaciones á estudio detenido (1). Obligación es de los que han profundizado tan grave asunto, dilucidarlo; como es deber de los que sólo conocemos tales disputas de oídas, por datos vulgares, abstenernos de votar, aunque el sentimiento nos grite, como me grita á mí, en favor del grande hombre y de su leyenda.

Sin mucho ruido, pero con resonancias lejanas y duraderas, con buen éxito en la librería y mereciendo la atención de los pocos lectores de ve-

(1) Acaso, sin embargo, pudiera discutirse la oportunidad del intento, teniendo en cuenta el carácter impresionable de nuestro pueblo y la pueril ignorancia.

ras competentes, apareció en el pasado mes la anunciada novela de Armando Palacio, titulada *La Fe*. Como no ha de tardarse en decir, cuando cierto vulgo letrado empiece á enterarse de algunas *novedades*, ya viejas, que la tendencia espiritual que se nota en el arte literario español obedece á una imitación más de lo que pasa en París, bueno es ir curándose en salud, haciendo ver, por ejemplo, que Galdós, con su *Angel Guerra*; Balart, con sus poesías de noble sentimiento religioso, y Armando Palacio, con *La Fe*, si acentúan esa propensión que en cierto sentido podría llamarse religiosa, y aun cristiana, en muy lata acepción de la palabra, lo hacen con absoluta espontaneidad, por motivos hondos, de las entrañas de su inspiración, obedeciendo al desenvolvimiento natural del propio espíritu y bien lejos de pensar en lo que pueda por fuera suceder, tal vez ignorando, á lo menos en el pormenor, lo que sucede. Así como el buen realismo español, no el amanerado y sectario, no el de autores vulgares incapaces, en rigor, de seguir más criterio que el de la *moda*, siempre fué original, y casi podría decirse ignorante, respecto de sus coincidencias con extranjerías literaturas; así como nadie puede sospechar que Pereda imitara á ningún francés, del propio modo ahora se inicia naturalmente una tendencia, que no es una contradicción, sino un complemento, un paso más,

bueno hoy, *más arte, otra* oportunidad, sin que los escritores españoles que por vocación interior, por motivo de su *historia propia* la siguen, necesiten copiar análogas manifestaciones de franceses, ingleses ó rusos, las cuales obedecerán también á causas semejantes, pero sin perjuicio de la independencia ideal de todos. Así como es absurdo atribuir, á lo menos exclusivamente, tal movimiento de la filosofía y la literatura francesas en sentido que puede llamarse más idealista á la influencia de tres ó cuatro novelistas rusos, también sería irracional quitar valor propio á las tentativas de reacción espiritual, en cierto sentido religioso, que van apareciendo en el arte español literario en sus más recientes manifestaciones.

Armando Palacio, que es de quien hoy se trata, no necesita por ahora sincerarse, demostrar la originalidad de su actual manera de tratar el arte en su relación con las más altas ideas; y no lo necesita, primero, porque en muchos libros anteriores á *La Fe*, en *Maximina*, por ejemplo, hay ya rasgos que muestran la poética inclinación del alma del autor á la idealidad profunda, á la contemplación á su modo religiosa; y además, no lo necesita porque gran parte de los lectores harán con *La Fe* lo que han hecho ciertos críticos, no menos vulgo que el vulgo raso: tomar á mala parte el capital interés de la novela, viendo en ella un *cuadro som-*

*brío*, un eco más del *pesimismo*, algo siniestro, un acto de pública desesperación... y hasta una obra impía, como tengo entendido que ha dicho *La Época* (1). ¡Novela impía *La Fe!* ¡Novela siniestra, sombría, pesimista!... Es uno de los pocos libros españoles que, hablando del amor divino, llegan al alma. Hablo de libros contemporáneos. Aun entre los antiguos abundan, sobre todo los que tienen más luz que fuego. Sólo un alma sinceramente religiosa—sea la que quiera la solución precaria que su *subjetivismo* dé al problema actual religioso, intelectualmente—sólo un alma que vive de la esencia de la religiosidad, sabe hacer asunto del corazón lo que tantos y tantos hombres han hecho en el mundo asunto de fanatismo, de miedo, de ignorancia, de egoísmo, de orgullo y hasta de comercio.

¡Qué miserable tiempo, qué triste tierra la tierra y el tiempo en que se puede decir, sin que sea escándalo, que es impío un libro como *La Fe* y que es piadosa una política como la de Pidal!

Hay en España escritores y escritoras que aunque llenen volúmenes hablando de piedad, de *documentos* religiosos, no hacen *sentir* la religión ni un instante; hablan de esto como del bien del país los políticos *abstractos*, que tienen en un *pro-*

(1) Sí, lo ha dicho *La Época*; y lo ha dicho el P. Blanco García en un abultado libelo infamatorio que él llama *Historia*.

*grama* la felicidad de la patria. La España actual no sólo no es un país religioso, sino que es un país donde toda gran idealidad se convierte en abstracción, donde todas las grandezas espirituales se cristalizan en el hielo de fórmulas oficiales, académicas, eclesiásticas, según los casos. *La Fe* de Armando Palacio es una novela que parece escrita por un extranjero. Esto, en el sentido en que lo digo, es un elogio. Es *La Fe* algo nuevo por completo en España. El mismo Galdós, que tantas veces trató de asuntos religiosos en sus obras, no ha ido nunca por este camino; ni aun en *Ángel Guerra*, donde el análisis de un espíritu llevado á los ensueños ideales por un amor puro y noble nos acerca á la poesía de los más elevados sentimientos. El P. Gil, de Palacio, pasando de la *fe* hereditaria y sugerida por la educación, á la duda y hasta al escepticismo relativo deliberados y reflexivos, y después llegando á la fe nueva, original, *suya, inefable*, incomunicable, *musical*, poética, es una figura interesantísima, en absoluto nueva en la literatura española. Son pocos los autores castellanos que hacen sentir al tratar materias ideales como se siente cuando se trata bien de amores humanos, de las pasiones mundanales. Armando Palacio ha conseguido, gracias á lo que lleva en el alma, interesarnos vivamente con lo que á otros les serviría para un

libro técnico, para una disertación académica. Cuando el P. Gil piensa en Kant y en Humboldt, en el positivismo, en el panteísmo, en el materialismo, el *drama* de sus ideas y de su corazón nos interesa más todavía que las tormentas que alrededor suyo se desatan sobre la mísera superficie de las cosas mundanas. ¡Y con qué arte ha sabido el *poeta* pensador llevarnos al momento supremo en que al P. Gil le asiste la *fe definitiva*, la ganada con la sangre y las lágrimas de su pensamiento, justamente en la hora misma en que sus *negocios* empeoran, en que su perdición *ante los hombres* es inevitable!

El P. Gil, recobrada la fe, entra en la cárcel con una aureola. La suprema alegría se ha apoderado de su espíritu, y ya es inútil que la necedad humana acumule sobre el cuerpo del sacerdote ignominia, calumnias, insultos. El *creyente* se deja medir el cráneo, las extremidades, por los antropólogos del distrito, por los Garófalos y Lombrosos del pueblo: resulta un *fetichista del amor*, como le llamaría Binet... y él no se queja ni protesta; no hace más que gozar de la salvación de su espíritu. Yo, en el caso de cierta ilustre escritora, encontraría todo esto más inverosímil, más *astral* que las zapatillas bordadas de un aristócrata de novela que tanto le dieron que hacer en ocasión no lejana.

Pronostico á Armando Palacio que cuanto más avance por el camino que ahora sigue, menos lectores le entenderán de veras. Aun de los críticos que quieran halagarle, oirá cosas peregrinas. Pero estoy seguro de que él estará cada vez más satisfecho de sí mismo, no por el resultado aleatorio de *su obra*, sino por el progreso y depuración de sus facultades.

En otra parte, porque aquí ya no hay sitio para ello, examinaré *La Fe* detenidamente, refiriéndome á los méritos secundarios y á los pocos notables defectos

Mas antes de pasar á otro asunto, quiero tomar en cuenta cierta censura dirigida al pensamiento capital de la novela de Palacio Valdés por un crítico cuyas palabras merecen atención, aún más que por ser suyas, por el lugar donde habla.

Un Sr. Villegas, encargado de la revista literaria en *La España Moderna*, funda la objeción principal que opone á la idea que engendró *La Fe*, en este argumento: «la fe es una cosa que, como la inocencia, una vez perdida, no se recobra (1).» Estas, ó semejantes palabras, son las del Sr. Villegas; de seguro su pensamiento es éste: que el creyente que pierde la fe, no puede volver

(1) En Goethe hay una afirmación que puede parecer semejante á esta, pero tiene un sentido muy diferente.

á creer. Aunque estoy poco fuerte en teología dogmática, casi me atrevo á afirmar que esa proposición es herética, y lo que aseguro por mi cuenta es que es disparatada y contraria á lo que nos enseñan la historia y la observación, y la experiencia también y á cada paso. Si la Iglesia participase de la opinión del Sr. Villegas, no correría tras las ovejas descarriadas que salen del aprisco por falta de creencias; no procuraría llamar á sí con gran eficacia á los que nacieron en su seno, en él se criaron y llegaron á hombres, separándose después por dudas ó negaciones terminantes. Entre los miles de ejemplos que pudieran presentarse al Sr. Villegas para demostrarle con hechos que está en un error, basta citar uno de los más elocuentes, por referirse á uno de los cristianos más ilustres. ¿No ha leído el Sr. Villegas *Las Confesiones*, de San Agustín?—Aurelio Agustino, aunque hijo de padre pagano, que no recibió el bautismo hasta poco tiempo antes de morir, tuvo por madre á Mónica, cristiana y santa, y ella le educó en la fe de Cristo, en la que vivió hasta que se la arrancaron poco á poco sugestiones de la pasión, de la vida desarreglada; San Agustín en los *salones* de Roma, como si dijéramos, llegó á burlarse de las reliquias de los santos, y sus cavilaciones de descreído le arrastraron hasta los errores de los maniqueos. Mas luego en Milán, donde profesó la

elocuencia el futuro obispo de Hippona, *volvió á la fe católica*, gracias en gran parte á las predicaciones de San Ambrosio, y fué bautizado en 387. Todo esto lo sabe el Sr. Villegas, porque lo sabe cualquiera, y sin duda lo tenía olvidado, de puro sabido, al afirmar que la fe no se recobra.

Pero sin ir tan lejos, ni concretándonos á una *religión positiva* (como se llama impropriamente á cierta clase de fe, con perjuicio de otra no menos positiva), en los tiempos actuales puede observar el crítico de *La España Moderna* el gran movimiento religioso, idealista, metafísico (que de todas estas maneras puede llamarse, según como se mire), en que multitud de espíritus criados en la fe de una ú otra confesión, y que la olvidaron por completo para caer en el escepticismo, ó para entregarse al criticismo, ó al positivismo, ó al materialismo, vuelven desengañados á buscar apoyo moral en la idealidad religiosa, suspirando todos por una creencia (lo cual es ya casi casi un modo de creer) y no pocos de ellos arribando, en efecto y por su ventura, á una esperanza de orden trascendental, divino, que es una fe tan pura como cualquiera.

Si la rotunda afirmación del Sr. Villegas fuera cierta, venía á tierra el pensamiento que sirve de quicio á la novela de Armando Palacio; por eso me he detenido á combatir tan desconsolador

aserto, no por mortificar al crítico de *La España Moderna*, ni menos con el propósito de discutir en tan pocas palabras una cuestión que tan graves resultados traería, de resolverse en el sentido desesperado á que se inclina ese caballero. Quien se ha equivocado, á mi juicio, en esto, como al citar unas palabras de Virgilio, el cual, si bien no llegó á ver la luz de la fe cristiana, fué digno de que Dante le tomase por guía; y no lo hubiera sido si hubiese ignorado, como el Sr. Villegas supone, que *per* no es preposición de ablativo, y que, por consiguiente, no cabe decir *per gurgite vasto*, como dice el Sr. Villegas en el mismo artículo en que habla de *La Fe* con cierta ligereza.

Hay señores, generalmente ya *gallos*, que siempre visten bien, son elegantes, sin someterse á los rigores y extremos de la moda, conservando con cierta nostalgia indumentaria algunos rasgos y desahogos del antiguo modo de llevar la ropa, pero sin terquedad, sin exageraciones arcaicas tampoco; eclécticos del paño, en suma, verdaderos oportunistas del traje, que nunca son el último figurín, pero siempre figuran ventajosamente entre las personas de buen ver.

El Sr. Castro y Serrano es un elegante de las letras, *gallo* ya también, que aplica análogo crite-

rio al citado, cuando escribe; y por eso, á mi entender, aunque no sean éstos los tiempos de mayor esplendor para su fama, lejos de estar anticuado, arrinconado, *decadente*, como dicen con fruición los jóvenes impacientes, que además de *fogosos* son malas personas; lejos de estar *mandado retirar*, como también se dice de modo bárbaro y grosero, alterna sin desdoro con lo más nuevecito. Sus *Historias vulgares*, especialidad suya, que tiene, en efecto, un corte original, singular, que le hace merecer un nombre genérico (aunque parezca contradicción); esas novelas cortas, que se diría que están escritas en *doble* prosa, prosa por el lenguaje y prosa por el asunto, pero muchas veces con la íntima *poesía* que hay en la prosa del *verbo* y en la *prosa* de la vida ordinaria; esas historias vulgares, digo, nunca fueron obras que dieran el tono á la literatura de una actualidad; pero hoy, como hace años, honran á nuestras letras, se leen con sumo agrado y representan un elemento no despreciable de la producción artística española.

Castro y Serrano, en estas *historias*, siempre ha sido realista, sin necesidad de llamárselo; sin imitar á nadie, sin teorías importadas, ha cultivado, de muy atrás, una especie de filosofía casera que no deja de tener su solidez, á lo menos cuando no extrema los ataques á ciertas novedades

poco estudiadas por el prudente y concienzudo pensador... de tejas abajo.

Así como á los egipcios de antaño toda su vida les servía para el resultado final de un juicio, el de los muertos, á todo escritor sus obras y sus actos le van haciendo una opinión, una cuenta corriente con el público, que da por resultado un balance de simpatía ó antipatía; hay autores que al fin y al cabo son antipáticos, aunque tengan tales y cuales méritos. Castro y Serrano, que habrá padecido lamentables equivocaciones, como cualquiera; que tal vez en ciertas *psicologías* peca de vulgar y hasta de retrógrado, es, en general, uno de los escritores que en resumidas cuentas *resultan* simpáticos. No creo que tenga enemigos entre los académicos ni entre los *modernistas*; puede ser íntimo amigo de Cánovas aun en literatura, sin que nadie se lo eche en cara; hay cierta prudencia, cierto tacto, cierto justo medio en el Sr. Castro y Serrano; hay cierta *holgura* de ideas que le hacen parecer bien en todas partes, sin que por eso peque de anodino, de inofensivo, en la mala acepción de la palabra.

*La serpiente enroscada* y *El reloj de arena* son dos novelas, aunque el autor no quiera llamarlas así, que se leen con interés y cierta delicia tranquila; vale más la primera que la segunda, porque tiene verdadera unidad y más vigor en la expre-

sión del carácter que le sirve de asunto; *El reloj de arena* comienza con gran interés y después todo se precipita y casi casi podría decirse que todo se disipa. Pero en uno y otro estudio, *historia* ó lo que quiera el autor, hay gracia, elegancia, estilo, conocimiento del mundo, del demonio y de la carne; sabiduría *tripartita* que es necesario que posea el que pretenda escribir novelas *realistas*.